

DAVID ARMITAGE

LAS DECLARACIONES DE INDEPENDENCIA

Una historia global

Traducción de
Antonio J. Carrasco

Marcial Pons Historia
2012

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1. EL MUNDO EN LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA	27
CAPÍTULO 2. LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA EN EL MUNDO.....	55
CAPÍTULO 3. UN MUNDO DE DECLARACIONES	85
CONCLUSIÓN.....	111
ANEXOS	
1. Declaraciones de Independencia, 1776-1993.....	117
2. El «Borrador Original» de la Declaración de Independencia de Thomas Jefferson.....	129
3. En el Congreso, 4 de julio de 1776. Una Declaración por los representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso General.....	135
4. [Jeremy Bentham], Breve reseña de la Declaración (1776). 141	
5. Manifiesto de la Provincia de Flandes [extractos] (4 de enero de 1790).....	153
6. La Declaración de Independencia haitiana (1 de enero de 1804).....	157
7. La Declaración de Independencia venezolana (5 de julio de 1811).....	161
8. Declaración de la Independencia de Nueva Zelanda (28 de octubre de 1835).....	167

	<u>Pág.</u>
9. La Declaración Unánime de Independencia hecha por los delegados del pueblo de Tejas (2 de marzo de 1836) ...	169
10. Una Declaración de Independencia por los representantes del pueblo de la Comunidad de Liberia (16 de julio de 1847).....	173
11. Declaración de Independencia de la nación Checoslovaca (18 de octubre de 1918).....	179
12. Declaración de Independencia de la República Democrática de Vietnam (2 de septiembre de 1945)	185
13. Declaración del Establecimiento del Estado de Israel (14 de mayo de 1948)	189
14. La Declaración Unilateral de Independencia (Rodesia del Sur) (11 de noviembre de 1965).....	193
NOTAS.....	195
ÍNDICE ANALÍTICO	227

INTRODUCCIÓN

En la última carta pública que escribió antes de su muerte en 1826, Thomas Jefferson realizó un profundo análisis de la Declaración de Independencia, un documento cuyo borrador él mismo había redactado medio siglo antes. Al tiempo que declinaba la invitación a asistir a los actos conmemorativos, en Washington, del quincuagésimo aniversario de la independencia de Estados Unidos, Jefferson afirmaba que la Declaración era «un documento en cuyas páginas residen nuestro destino y el del mundo». Lamentaba que su enfermedad no le permitiera acudir a la reunión con «los últimos de aquel grupo de hombres buenos, que se habían unido a nosotros aquel día, en la audaz elección que estábamos a punto de hacer por nuestro país, entre la sumisión y la espada». Habría «disfrutado con ellos del consuelo de saber que nuestros conciudadanos, tras medio siglo de experiencia y prosperidad, siguen manifestando su aprobación a la elección que hicimos. Tal vez sea para el mundo, yo creo que lo será (en algunas partes antes, en otras más tarde, pero al cabo en todas), la señal que empuje a los hombres a romper sus cadenas, que una servil ignorancia y superstición les han convencido de que lleven, y a asumir las bendiciones y la seguridad del autogobierno»¹.

Jefferson murió el 4 de julio de 1826, dos semanas después de haber enviado esta carta. La había escrito en tonos de espíritu profético, contemplando el pasado y el futuro desde la frontera misma de la muerte. Seguramente tenía la intención de que fuera

publicada, como así sucedió, en un periódico de Washington, el día mismo de su fallecimiento. Sin embargo, ésta no fue la última carta que escribió Jefferson. Un día después de enviarla, el 24 de junio de 1826, escribió otras dos, una dirigida a su agente de negocios en Richmond (Virginia), y la otra a un comerciante de Baltimore, en relación con un cargamento de vino francés que acababa de llegar desde Marsella y sobre el cual había que pagar los aranceles de importación².

Los últimos pensamientos públicos de Jefferson puede que tratasen sobre el futuro de la revolución americana, pero sus últimas instrucciones privadas se ocupaban del contenido de su bodega de vinos. Ambas miraban hacia el futuro. Una y otra reconocían que los jóvenes Estados Unidos estaban ligados a un mundo más amplio, tanto como exportadores de ideas revolucionarias, como importadores de bienes de lujo. Tal y como sabía Jefferson, un país independiente tiene que ser también un país interdependiente.

En la época de la muerte de Jefferson, «medio siglo de experiencia y prosperidad» habían confirmado la independencia estadounidense como un hecho político. Cincuenta años antes, la Declaración había proclamado la independencia en un momento en el que aún había que ganarla, y cuando todavía estaba bajo ataque por parte de Gran Bretaña. Durante casi cuatro décadas, los estadounidenses habían valorado más el hecho mismo de la independencia, que el documento que la había declarado. Fue tan sólo durante la última década de la vida de Jefferson cuando la Declaración empezó a ser percibida como el documento fundador de las «Sagradas Escrituras» norteamericanas, y conmemorada por los estadounidenses cada 4 de julio, y desde entonces hasta ahora³.

La Declaración de Independencia puede que tuviera un significado especial para los norteamericanos, pero su potencial como símbolo tenía un alcance global, tal y como afirmaba la profecía de Jefferson, de 1826. De hecho, incluso durante la vida del expresidente, la Declaración había llegado a ser algo más práctico que un símbolo: era un modelo a seguir por documentos similares en todo el mundo, que declaraban la independencia de nuevos Estados. Por la época en la que Jefferson llamaba a la Declaración «un documento, en cuyas páginas des-

cansa [el destino]... del mundo», en 1826, ya se habían unido a ella otras veinte declaraciones de independencia más, desde el norte y el sur de Europa, al Caribe e Hispanoamérica. Ahora, más de doscientos años después de 1776, más de la mitad de los países del mundo cuenta con sus propias declaraciones de independencia.

Muchos de estos documentos estaban directamente inspirados en la Declaración norteamericana. Copiaron, y en ocasiones adaptaron, frases concretas de la Declaración. Más frecuentemente usaron su estructura como modelo de la suya propia. Otras muchas declaraciones de independencia fueron escritas sin recurrir a la adulación de imitarla de forma directa. Todas compartían rasgos similares, bien en su motivación, en su lenguaje o en su forma, lo que hace posible estudiarlas de manera global y colectiva.

Hasta ahora, las declaraciones de independencia no han sido estudiadas como un fenómeno global⁴. Las razones para ello residen en la definición misma de independencia. En esencia, independencia significa una separación política del tipo que afirmaron los representantes de Estados Unidos contra Jorge III, en 1776. En términos más generales, independencia implica la existencia de rasgos nacionales distintivos y diferenciadores. Con el tiempo, la separación y los rasgos propios inducen a que surja un sentido de exclusividad, especialmente en un país como Estados Unidos, nacido de una secesión y dotado, por hombres visionarios, con un sentido de misión en el mundo. Los autores de la Declaración habían reclamado la independencia tan sólo para ellos y no para otros. Su idea concreta y específica de independencia asumió, sin embargo, un significado casi universal en los siglos posteriores a 1776, conforme el ejemplo americano se fue extendiendo por todo el planeta.

La Declaración norteamericana llegó a ser vista como el punto de partida de una historia diferente a la de otras historias nacionales o imperiales. Asimismo, otras muchas declaraciones de independencia en todo el mundo se han convertido en propiedad de comunidades específicas, que a su vez han conmemorado sus propias declaraciones como documentos de especial relevancia entre las naciones. Casi por definición, es poco probable que este tipo de manifestaciones escritas de excepcionalidad se

comparen con otros documentos parecidos. Esto es evidente en el caso de las declaraciones de independencia.

Sólo en dos ocasiones se han recopilado varias declaraciones de independencia, con propósitos comparativos. El primer caso data de 1955, cuando, a raíz de una reunión de la Organización de Estados Americanos en Washington, se reunieron en un único volumen tanto traducciones como reproducciones de las declaraciones de independencia proclamadas en las Américas y el Caribe entre 1776 y 1898⁵. El segundo caso fue un efecto secundario de la conmemoración del bicentenario de los Estados Unidos, en 1976, cuando varios investigadores publicaron una colección de documentos independentistas de todo el mundo, incluyendo declaraciones y otros instrumentos de independencia, tales como acuerdos bilaterales o actos legislativos⁶. En ambas ocasiones, el interés fue efímero. Las colecciones no llevaron a reflexiones acerca de lo que podía aprenderse de comparar las declaraciones de independencia entre ellas y como conjunto⁷.

Muchas declaraciones de independencia han dado pie a la creación de sus propios nichos de análisis y debate. La mayor parte de dichas investigaciones ha tendido a enfocarse en los orígenes inmediatos de los documentos antes que en su lugar en sus historias a largo plazo, y ya no digamos en un sentido global. En este sentido, la Declaración norteamericana es a la vez típica e inusual. Es típica en tanto que desde el siglo XIX muchos investigadores han analizado su creación en el verano de 1776 y su diseminación posterior. Sus trabajos han puesto en evidencia la increíble diversidad de las posibles fuentes del lenguaje político utilizado en la Declaración, y de los elementos que inspiraron su estructura, así como acerca de la preparación del borrador, de la edición y de su publicación. Muchos investigadores se han centrado en analizar las influencias europeas presentes en la Declaración, sobre todo las relativas a los derechos naturales o el derecho a la rebelión, discutiendo si procedían del pensamiento político inglés, la teoría moral escocesa o la filosofía suiza del derecho de gentes⁸. El debate se ha concentrado sobre todo en el segundo párrafo de la Declaración y en sus verdades «evidentes»; pero no ha sido ampliado a considerar otros elementos en la Declaración, tal y como el significado de la independencia que reclamaba para